

en aquellos países, y hablan de las *misiones* como testigos oculares. M. Robertson, en su *Historia de la América*, y M. de Pagés, en sus *Viajes alrededor del mundo*, recientemente publicados, usan también del mismo lenguaje.

Un rasgo de superchería de los incrédulos es el pintarnos el estado de los pueblos de la India, de la China, y aun de los salvajes, no solo como muy soportable, sino también como un estado feliz y mejor que el de las naciones cristianas, con el objeto de persuadir que el celo de los misioneros, lejos de mirar por la felicidad de estos pueblos, no tenía más objeto que sujetarlos y hacerlos infelices. Comparando empero las relaciones de varios viajeros que los han visto, con los libros originales de los chinos, de los indios, de los güebros ó pársis, la creencia, costumbres, leyes y gobierno de estos diferentes pueblos, se ve claramente la ignorancia, la prevención, y la mala fe de nuestros filósofos incrédulos, y se conoce mejor la enormidad del crimen de los protestantes, que no contentos con descuidar las *misiones*, para las cuales están convencidos que no son á propósito, buscaron también el medio de desacreditarlas y de hacerlas odiosas.

Esta consideración no impidió que un viajero muy moderno adoptase las ideas del lenguaje filosófico sobre este punto. En su concepto, se puede dudar si los misioneros están animados del deseo de hacer eternamente felices á las naciones idólatras, ó de la inquieta necesidad de trasportarse á países desconocidos para anunciar en ellos las verdades más terribles. Los de la China, dice, no fueron del todo desinteresados: por recompensa de sus fatigas ó indemnización de las persecuciones á que se exponían, adquirieron la gloria de enviar á sus compatriotas relaciones extrañas y pinturas de un pueblo digno de admiración. Se sabe además que esta clase de europeos limita sus conocimientos á las vanas sutilezas de la escolástica, y á unos elementos de moral subordinados á las leyes del Evangelio, y á las verdades reveladas. *Viajes de M. Sonnerat* publicados el año de 1784.

Sin examinar si unos motivos tan frívolos pueden servir de premio y de compensación á los misioneros, preguntamos á este escritor que se lisonjea de penetrar los corazones, si nuestra religión es la única que enseña verdades terribles; si los chinos los indios, los pársis y los mahometanos no creen como nosotros una vida futura y un infierno para los malvados.

Por consiguiente, ¿qué ventaja puede ser para los misioneros el anunciarles el infierno, que creen los cristianos, en lugar del infierno que creen los infieles? No la alcanzamos. Si los mismos misioneros creen una vida futura, pueden por lo tanto tener por motivo de sus viajes y de sus trabajos apostólicos la esperanza de merecer para sí mismos la felicidad eterna, y de poner á sus prosélitos en estado de conseguirla. Pero los que nada creen, se les figura que todo el mundo se les parece, y que los misioneros predicán verdades espantosas sin creerlas.

Si todos los misioneros de la China hubieran compuesto y publicado sus relaciones, se podría presumir que todos tuvieron el deseo de asombrar á sus compatriotas; pero las tres cuartas partes de los misioneros no lo verificaron, ni tomaron parte en ninguna de las relaciones, y aun si quiera se conocen sus nombres en Europa. ¿Dónde está, pues, la gloria que se propusieron como recompensa? Se nos tendría por insensatos si dijésemos que los comerciantes, los navegantes y el mismo M. Sonnerat no fueron á la India y á la China por el gusto de asombrarnos con sus relaciones, ó por contradecir á los que habían escrito antes que ellos.

¿Es verdad que los misioneros no manifestaron en sus relaciones otros conocimientos que el de la escolástica y de la moral del Evangelio? Ellos fueron los primeros que nos dieron á conocer los países que recorrieron, y las naciones á quienes han instruido. Nuestro viajero, bien convencido de que esta acusación que hace contra los misioneros en general no podía tocar á los jesuitas, quiso atribuirles motivos odiosos: esto no es más que una calumnia. En el art. TARTAROS hablaremos particularmente de las *misiones* de aquel país.

El redactor del artículo *California* del *Diccionario de Jurisprud.* habla muy de otra manera. Después de haber copiado el cuadro de las misiones de este país, trazado en la *Hist. filos. de los establecim. de los europeos en las dos Indias*, conviene en que el espíritu de dominación y de comercio no llevó á todas las regiones de la América más que la corrupción, la carnicería y la esclavitud; y que solo es propio de la religión el atraer y civilizar á los salvajes. Confiesa que nunca la filosofía ha dado ese celo ardiente y sufrido, esa abnegación de sí mismo, que inspira la caridad cristiana, y que es indispensable para la fundación de una sociedad entre los salvajes. Pregunta por medio de qué razones ó motivos podría lograr un filósofo reducirlos á renunciar al

reposo de su vida vagabunda, para encorvarse bajo el yugo de los trabajos civiles.

Nosotros agradeceríamos al autor estas reflexiones, si no hubiera tratado de emponzoñarlas: él duda de la verdad de los hechos, porque no están confirmados con el testimonio de algún filósofo imparcial; mas nosotros hemos hecho ver lo contrario. Duda si la independencia del estado de naturaleza, si la ignorancia de todas nuestras necesidades facticias no valen más que la seguridad las más veces incierta que pueden proporcionarnos nuestras leyes, más que la abundancia y las comodidades de nuestras artes y de nuestras sociedades que sacrifican á la comodidad, ó más bien á la sociedad de unos pocos, la subsistencia y lo necesario físico de la multitud. Duda, en fin, si las instituciones de los buenos misioneros serían tan propias para conservar y hacer prosperar las nuevas sociedades, como parecían haberlo sido para echar los primeros cimientos; si la tiranía del despotismo y las fuerzas de la superstición no hubieran sucedido bien pronto al entusiasmo ilustrado de la beneficencia y de la religión.

Sea permitido á un filósofo sin religión el dudar de la evidencia misma, mas nunca debe desatinar. 1º Es falso que la vida vagabunda de los salvajes sea un estado de reposo; por el contrario, es muy frecuente que, para procurarse la subsistencia, se vean obligados á hacer cacerías de docientas leguas, y si alguna vez descansan, es haciendo trabajar á las mujeres en su lugar: estas ¿no son acaso criaturas humanas? 2º También es falso que el estado salvaje sea el estado de naturaleza; la naturaleza no hizo al hombre para vivir como los brutos; la diferencia de sus facultades nos lo demuestra. 3º No es verdad que la sociedad sacrifique al bienestar de unos pocos lo necesario físico de la multitud. Lo que acontece por la inhumanidad de algunos individuos no dimana del estado de sociedad, así como las guerras, las matanzas, las crueldades de los salvajes no provienen de los sentimientos naturales de humanidad, ni los desatinos de los filósofos dimanar de la razón. 4º Es un absurdo suponer que unas instituciones que son suficientes para reunir los hombres en sociedad, para inspirarles sentimientos mutuos de afección, de caridad, de concordia, no lo sean para mantenerlos en este estado. Aun cuando se conceda que su felicidad no puede durar siempre, ¿no sería con todo eso más mérito el proporcionársela á lo menos á tres ó cuatro generaciones? 5º Es bien indecoroso que unos filósofos, que

se reconocen incapaces para fundar una sociedad, se dediquen á deprimir los trabajos y el mérito de los que lo consiguen. Esto viene á ser el pleito de los zánganos contra las abejas. V. SALVAJES, SOCIEDAD, * BÍBLICAS (sociedades).

Misna ó mischna. V. TALMUD.

Misterio. Cosa oculta, verdad incomprendible. Que esta palabra venga del griego *μυστα*, yo cierro, ó de *μυστα*, yo instruyo, ó del hebreo *mustar*, oculto, no es una cuestión de mucha importancia. Jesucristo llama á su doctrina los *misterios del reino de los cielos*, S. Mat., xiii, 41; y S. Pablo llama á las verdades cristianas que se deben enseñar el *misterio de la fe*. 1ª Epíst. á Timot., iii, 9.

Es una máxima de los incrédulos que es imposible creer lo que no se puede comprender; que así Dios no puede revelar *misterios*; que toda doctrina misteriosa debe ser tenida por falsa, y que no puede producir sino males. Nosotros tenemos que probar contra ellos que entre todos los manantiales de nuestros conocimientos no hay ninguno que no nos enseñe *misterios* ó verdades incomprendibles; que no solamente los hay en todas las religiones, sino que también son inevitables hasta en los sistemas de incredulidad; que la diferencia entre los *misterios* del cristianismo y los de las falsas religiones está en que los primeros son el fundamento de la moral más pura, y los segundos solo sirven para corromper las costumbres.

I. La razón ó la facultad de discurrir nos demuestra por principios evidentes que hay una primera causa de todas las cosas, un ser eterno, omnipotente, criador, independiente, libre, y al mismo tiempo inmutable. Pero nuestras luces son demasiado limitadas para poder conciliar la libertad con la inmutabilidad. Ninguno de los antiguos filósofos pudo concebir la creación, y todos admitieron la eternidad de la materia. El Ser eterno es por necesidad infinito, mas lo infinito es incomprendible, y todos sus atributos son *misterios*.

Por el sentimiento íntimo que nos convence tan necesariamente como la evidencia, sabemos que tenemos un alma, que es el principio de nuestras acciones y movimientos, y nos es imposible concebir cómo un espíritu obra en un cuerpo: esto es lo que produjo el sistema de las causas ocasionales.

Estamos seguros por el testimonio de nuestros sentidos de que el movimiento se comunica y pasa de un cuerpo á otro, y ningún filósofo pudo explicar hasta ahora cómo ni por qué un choque produce un movimiento.

Los fenómenos del magnetismo y de la electricidad y la generacion regular de los seres vivientes son *misterios* de la naturaleza que jamás será capaz de explicar con claridad la filosofía.

Por el testimonio de todos los hombres, un ciego de nacimiento no puede dejar de creer que hay colores, cuadros, perspectivas y espejos; y si dudase de esta verdad, sería un insensato; pero le es tan imposible concebir todos estos fenómenos, como comprender los *misterios* de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion. Lo mismo sucede con un sordo en orden á las propiedades de los sonidos.

Sin duda es Dios quien nos habla y nos instruye por nuestra razon, por el sentimiento interior, por el testimonio de nuestros sentidos, y por la voz unánime de los demás hombres. Si por estos diferentes medios nos revela los *misterios* de la naturaleza, preguntamos: ¿por qué no puede enseñarnos tambien otros por una revelacion sobrenatural, y por qué no estamos obligados á creer estos, y debemos creer aquellos? Ningun incrédulo se toma el trabajo de darnos la razon de esta diferencia.

Dicen que es imposible creer lo que repugna á la razon, lo que implica contradicciones, y pretenden que á esta clase pertenecen los *misterios* del cristianismo.

Nosotros sostenemos que ellos no son mas contradictorios que los *misterios* de la naturaleza de que acabamos de hablar. Segun los antiguos filósofos, hay contradiccion en que de nada se haga algo; segun los modernos, es imposible que un nuevo acto deje de producir alguna mutacion en el que le obra ó le ejecuta. Los escépticos decian que el movimiento de los cuerpos implicaba contradiccion, y los materialistas dicen que es contradictorio el que un espíritu mueva un cuerpo. Un ciego de nacimiento debe formar juicio de que es absurdo el que una superficie plana produzca una sensacion de profundidad. ¿Tienen algun fundamento estas proposiciones?

¿Por qué los incrédulos hallan contradicciones en nuestros *misterios*? ¿Por qué los comparan con objetos que no tienen comparacion con estos dogmas? Si se forma de la naturaleza y de la persona divina la misma idea que nosotros tenemos de la naturaleza y de la persona humana, se hallará contradiccion en que tres personas divinas no sean tres dioses, lo mismo que tres personas humanas son tres hombres; y de aquí se deducirá falsamente que dos naturalezas en Jesucristo son dos personas. Pero la compara-

cion entre dos naturalezas, una infinita y otra limitada, es evidentemente falsa. Cuando comparamos el modo con que está el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, con el modo de existir de los demás cuerpos, nos parece que este cuerpo no puede hallarse en muchos lugares á un mismo tiempo, ni estar bajo las cualidades sensibles de pan, sin que subsista en el sacramento la sustancia de pan. Pero nosotros ignoramos en qué consiste la sustancia de los cuerpos separada de sus cualidades sensibles, y no debemos comparar el cuerpo sacramental de Jesucristo con los demás cuerpos.

Del mismo modo, cuando un ateo compara la libertad de Dios con la del hombre, le parece contradictorio que sea libre y al mismo tiempo inmutable. Porque un materialista compara el modo de ser y de obrar de los espíritus con el modo de ser y de obrar de los cuerpos, le parece contradictorio que el alma esté toda en la cabeza y en los piés, y que obre igualmente en todas las demás partes del cuerpo. Porque un ciego de nacimiento compara la sensacion de la vista con la del tacto, presume contradicciones en todos los fenómenos de la vision segun se los exponen. Pero las comparaciones falsas no son demostraciones.

Desafiamos otra vez á todos los incrédulos á que señalen una diferencia esencial entre los *misterios* de la religion y los de la naturaleza. Todó lo que es incomparable es tambien por necesidad incomprendible, porque nosotros de nada podemos formar concepto sino por analogía. Como los atributos de Dios no pueden cotejarse con los de las criaturas con una comparacion perfecta, es imposible creer un Dios sin admitir *misterios*. Generalmente hablando, todo es un *misterio* para los ignorantes; y si fuese un rasgo de sabiduria el refutar lo que no se concibe, los ignorantes podian refutarlo todo, y por consiguiente nadie tendria tanto derecho como ellos para ser incrédulos.

Locke establece por máxima que nosotros no podemos asentir á ninguna proposicion, sin que comprendamos los términos de que se compone, y el modo con que se afirman ó se niegan el uno ó el otro; de donde infiere que cuando nos proponen un *misterio*, es como si nos hablasen en una lengua desconocida, en indio ó en chino.

Pero ¿es verdad que cuando se exponen á un ciego de nacimiento los fenómenos de la vision, es lo mismo que si se hablase en indio ó chino? ¿Tiene el mismo Locke una idea muy clara de la materia, cuando admite

su divisibilidad hasta el infinito? Por su propia experiencia debia conocer que, para refutar ó admitir una proposicion, basta tener una nocion á lo menos incompleta y oscura, por analogía con otras ideas, de los términos de que se compone. No siempre vemos la conexion ó la oposicion de dos ideas en sí mismas, sino en otro medio, á saber, en el testimonio de otro: así cuando decimos á un ciego que tan pronto vemos una estrella como la cumbre de una casa, no concibe la posibilidad del hecho en sí mismo, sino en el testimonio de los que tienen ojos. Por consiguiente, cuando Dios no revela que él es uno en tres personas, no vemos la conexion de estas dos ideas en sí mismas, sino solamente en el testimonio de Dios. Si esto se nos dijese en lengua india ó chinesca, solo percibiríamos los sonidos, sin poder formar de ello ninguna idea.

Luego no es cierto, como pretende otro deísta, que la profesion de fe de un *misterio* sea una jerga de palabras sin ideas, y que nosotros mentimos cuando decimos el catecismo. Un ciego no miente cuando admite los fenómenos de la vision por el uniforme testimonio de todos los hombres.

Por lo menos, replican los deístas, si los *misterios* de Dios son desconocidos en sí mismos, ya no lo son cuando Dios nos los ha revelado; porque al fin, *revelar* significa descubrir, mostrar, disipar la oscuridad de cualquiera cosa; y ¿de qué sirve la revelacion si no produce este efecto?

Sirve para persuadirnos de que existe una cosa, sin decirnos cómo, ni por qué existe: así revelamos á los ciegos los fenómenos de la luz, de que no dudan, aunque nosotros nunca lleguemos á hacérselos comprender.

II. Los incrédulos pudieran parecer excusables, si hubiesen encontrado al fin un sistema sin *misterios*; pero no hay una sola hipótesis en que no sea necesario admitir unos *misterios* mucho mas extraños que los del cristianismo, cuya verdad confesaron algunos de buena fe.

Cuando un materialista hace los mayores esfuerzos para explicar las diferentes operaciones de nuestra alma por un puro mecanicismo, se ve reducido á confesar que es inconcebible, que no se puede comprender, y que lo mismo son la mayor parte de los demás fenómenos de la naturaleza; de este modo no hace mas que sustituir á los *misterios* del alma los *misterios* de la materia, y al mismo tiempo resiste al sentimiento interior y á las mas puras luces del sentido comun.

Por no admitir la creacion, un ateo se ve precisado á recurrir al progreso de las causas hasta el infinito, es decir, á una cadena infinita de efectos, sin una causa primera; á sostener que el movimiento es esencial á la materia, sin poder decir en qué consiste esta esencia; á suponer la necesidad de todas las cosas, y á sostener que las acciones que no son libres son dignas de recompensa ó de castigo, etc. ¿Hubo jamás *misterios* mas absurdos?

Tampoco los deístas acertaron á evitarlos. Si el Dios que admiten no tiene providencia, ¿de qué sirve? Si la tiene, su conducta es impenetrable; ó fué libre en la distribucion de los bienes y de los males, ó no: en el primer caso, es preciso fundar un acto de fe sobre las razones que arreglaron esta distribucion; en el segundo, no le debemos culto ni reconocimiento. ¿Cómo permitió tantos crímenes y tantos errores? ¿Cómo se valió de unos hombres impostores ó insensatos para establecer la religion mas santa que hubo jamás, etc.? Así es que los ateos acusan á los deístas de que discurren con menos consecuencia que los creyentes; porque admitiendo un Dios y una providencia, es un absurdo no admitir todos los *misterios* del cristianismo.

Segun los escépticos y los pirrónicos, todo es *misterio*, todo es impenetrable, y por eso no se debe admitir ningun sistema; pero Bayle les representa que de grado ó por fuerza « es preciso convenir en que nos ha precedido una eternidad: si es sucesiva, se puede combatir con objeciones insuperables; si es instantánea, las dificultades que trae consigo son aún mas indisolubles. Por lo mismo hay dogmas que deben admitir hasta los pirrónicos, aunque no sean capaces de disolver las objeciones que los combaten. » *Rép. au Prov., cap. 96.* Esto supuesto, aun cuando no fuese preciso admitir mas que un solo *misterio*, siempre sería falso que un hombre racional no debe dar asenso á lo que no puede comprender.

III. Nos arguyen que las falsas religiones están llenas de *misterios*; en hora buena. Los chinos los tienen sobre Foé y Poussa, los japones sobre Jaca y Amida, los de Siam sobre Sommonacodom, los indios sobre Brama y Rudra, los pársis sobre Ormuzd y Ahriman, los mahometanos sobre los milagros de Mahoma, y la mitología de los paganos era un caos de *misterios*, porque segun los filósofos era una alegoría continuada. ¿Qué importa? Sobre todos estos pretendidos *misterios* ¿se puede fundar una moral tan

pura, tan santa y tan digna del hombre como sobre los *misterios* del cristianismo? Los de las otras religiones no solamente son absurdos, sino tambien escandalosos, y corrompen las costumbres, como vemos en los pueblos que las profesan. Pero la creencia de los *misterios* que enseña Jesucristo mejoró las costumbres de las naciones, é hizo que se practicasen virtudes, que hasta entonces no fueron conocidas. Tal es la diferencia en que insistieron nuestros antiguos apologistas, y á la cual nada tuvieron que contestar nuestros adversarios, porque los hechos son indudables.

En todos tiempos reveló Dios algunos *misterios*. A los patriarcas les enseñó la creacion, la caída del hombre, la venida de un Redentor y la vida futura; á los judíos la eleccion que habia hecho de la posteridad de Abraham, la conducta de su providencia con los demás pueblos, y la vocacion futura de las naciones al conocimiento del Dios verdadero. No es extraño que tambien hubiese revelado nuevos *misterios* por Jesucristo, cuando el género humano se vió en situacion de recibirlos. Pero lo que no advierten los incrédulos es que Dios se valió de esta misma revelacion para conservar y perpetuar la creencia de las verdades demostrables: ningun pueblo conoció ni conservó estas últimas desde que cerró los ojos á la luz sobrenatural. ¿Dónde las hallamos en su totalidad sino entre los descendientes de los patriarcas? Los mismos filósofos, por haber negado la creacion, nunca pudieron demostrar sólidamente la unidad, la espiritualidad y la simplicidad perfecta de Dios; adoptaron el politeísmo y la idolatria, y llegaron á ser absolutamente ciegos en materia de religion.

Cuando apareció Jesucristo sobre la tierra, habia trastornado la filosofia con sus disputas todas las verdades; no habia respetado ni el dogma, ni la moral, y solo habia perdonado á los errores. Se necesitaba, pues, de *misterios* para imponerle silencio, y obligarla á que admitiese el yugo de la fe.

Si se quitara del símbolo de los cristianos el *misterio* de la Santísima Trinidad, se vendria abajo todo el edificio de nuestra religion; ya no podria sostenerse la divinidad de Jesucristo, y se reducirian á la nada las efusiones de su amor divino para con nosotros. Este misterio no se nos propone como un dogma de fe puramente especulativo, sino como un objeto de admiracion, de amor y de reconocimiento. Dios, eternamente feliz en sí mismo, crió el mundo por su Verbo Eterno, y por él

le conserva y le gobierna. Este Verbo divino, consustancial al Padre, se dignó hacerse hombre, revestirse de nuestra carne y de nuestras miserias, y habitar entre nosotros para servirnos de maestro y de modelo; se entregó á la muerte por nosotros, y se nos da tambien bajo la forma de alimento para unirnos con él mas estrechamente. El Espíritu divino, amor esencial del Padre y del Hijo, despues de haber hablado á los hombres por boca de los profetas, fué tambien enviado á nosotros para iluminarnos é instruirnos: se nos comunica por los sacramentos, obra en nosotros por su gracia, y preside á la enseñanza y doctrina de la Iglesia. Estas ideas no solamente son grandes y sublimes, sino tambien afectuosas y consoladoras; ellas elevan nuestras almas y las llenan de ternura. Dios con toda su grandeza se ocupó de nosotros desde toda la eternidad; y todo su ser se nos apropió, digámoslo así. El hombre, aunque débil y pecador, es siempre un objeto amado de Dios; por el exceso de su bondad para con nosotros, podemos formar juicio de la grandeza de la felicidad que nos tiene destinada. Por lo tanto no es extraño que esta doctrina formase tan gran numero de varones santos.

No vengan á preguntarnos de qué sirven los *misterios*: no fueron imaginados de intento para embarazarnos por su oscuridad, sino que son inevitables. Habiéndose dignado Dios darse á conocer á los hombres, no podia revelarles su esencia, sus designios, el plan de su sabiduría y de su providencia, sin enseñarles cosas incomprendibles, y por consiguiente *misterios*. Con mas fundamento podiamos preguntar nosotros: ¿de qué serviria la religion sin estos augustos objetos de creencia? Bien pronto quedaria reducida al punto en que se vió en manos de los filósofos; mas por medio de los *misterios* la puso Dios á cubierto de sus atentados.

Estos dogmas oscuros, dicen, solo sirvieron para causar disputas; los hombres hicieron consistir toda la religion en la fe y en un celo ardiente por la ortodoxia; se persuadieron de que todo les era lícito contra los incrédulos y contra los herejes.

Declamaciones absurdas. ¿No hubo disputas antes del cristianismo? Los egipcios se batian por sus animales sagrados; los persas quemaron los templos de los griegos, por celo en favor del culto del fuego; se vieron los tártaros en campaña mas de una vez por vengar un insulto hecho á su idolo; y los mejicanos declaraban la guerra para tener víctimas que inmolar en sus templos. La

verdad mas repetida en el Evangelio es que ia verdadera piedad consiste en las buenas obras, y que la fe de nada sirve sin la práctica de las virtudes. Al paso que los incrédulos acusan á los cristianos de un falso celo, afectan ellos mismos otro verdaderamente falso; no predicán la moral, sino para destruir el dogma, estando probado que lo uno no puede subsistir sin lo otro; quieren tener el privilegio de no creer nada, para conseguir la libertad de no practicar virtud alguna, y entregarse á todos los vicios. V. DOGMA.

Los principales *misterios* ó artículos de fe del cristianismo se contienen en el símbolo de los apóstoles, en el del concilio de Nicea repetido por el del concilio de Trento, y en el que comunmente se atribuye á S. Atanasio: todo cristiano está obligado á instruirse en estas verdades y á creerlas para salvarse.

Tambien llamamos *misterios* á los principales sucesos de la vida de Jesucristo, que celebra la Iglesia por medio de sus fiestas, como la Encarnacion, la Natividad, la Pasion, la Resurreccion, etc.; y estas fiestas son un monumento de la realidad de los hechos á cuya memoria se refieren. V. FIESTAS.

Bueno será notar que los griegos llaman *misterio* á lo que nosotros llamamos *sacramento*, y en este sentido usa S. Pablo de la palabra *misterio* hablando de la union de los esposos. *Epíst. á los Efes.*, v, 32. Véase MATRIMONIO. Estas dos palabras son enteramente sinónimas, por mas que se empeñen los protestantes en distinguirlas; una y otra son igualmente propias para designar una ceremonia ó un signo sensible, que produce un efecto oculto é invisible en el alma de aquellos á quienes se aplica. Los sirios y etiopes tienen tambien un término equivalente para expresar los siete sacramentos.

En la Sagrada Escritura, la palabra *misterio* suele significar algunas veces una cosa que el hombre no puede descubrir por sus propias luces, aunque la concibe cuando Dios quiere revelársela; así Daniel, en el II, 28 y 29, dice que Dios revela los *misterios*, esto es, los sucesos ocultos del porvenir. S. Pablo, en la *Epíst. á los Efes.*, III, 4, hablando del *misterio de Jesucristo*, añade: «Este *misterio* se reduce á que los gentiles son herederos, y hacen un mismo cuerpo con los judíos, y tienen parte con ellos en las promesas de Dios en Jesucristo por el Evangelio.» Los judíos no lo habian comprendido hasta entonces. Pero ¿hasta qué punto tienen parte en la gracia de la redencion las naciones mismas que no conocen el Evangelio? Este es otro *misterio* que Dios no nos ha

revelado, y el mismo apóstol añade que las riquezas de Jesucristo son incomprendibles. *Ibid.*, v. 8.

Sin embargo de que Dios es infinitamente bueno, hay males en el mundo; Dios quiere sinceramente la salvacion de todos los hombres, y no obstante hay dificultades que vencer en el camino de la salvacion; Jesucristo es el Salvador de todos, y hay muchos hombres perdidos: estos son tambien *misterios*, y se pueden aclarar hasta cierto punto cuando no tratamos de abusar de las palabras. Véase MAL; SALVACION, SALVADOR, etc. En el lenguaje ordinario de los teólogos, un *misterio* es un dogma revelado por Dios, de cuya verdad estamos por consiguiente muy seguros, aunque no podemos comprenderlo; y en este último sentido los *misterios* son el principal objeto de nuestra creencia. S. Pablo nos lo enseña, diciendo que la fe es el fundamento de las cosas que debemos esperar, y el convencimiento de lo que no vemos. *Epíst. á los Hebreos*, XI, 1.

Desde los primeros siglos del cristianismo se dió el nombre de *santos misterios* al Bautismo, á la Eucaristía y á los demás sacramentos, porque estas ceremonias tienen un sentido misterioso y oculto, y producen un efecto que no vemos. Los protestantes no quieren confesar este efecto sobrenatural, y por eso atribuyen otro origen á este nombre de *misterios*: refutaremos su modo de pensar en el artículo siguiente.

MISTERIOS DEL PAGANISMO. Se llamaban así ciertas ceremonias que se celebraban secretamente en muchos templos de los paganos; los que se admitian á ellos se llamaban *iniciados*, y se les hacia prometer con juramento que jamás revelarían el secreto. No se pudo saber con entera certeza en qué consistían estas ceremonias hasta despues del nacimiento del cristianismo; muchos de los que habian sido iniciados se convirtieron, y entonces quedaron convencidos de lo absurdo del juramento que se les exigia. Los mas famosos de estos *misterios* eran los de Eleusis, cerca de Atenas, que se celebraban en honor de Ceres; tambien los habia en otras partes consagrados á Baco: los *misterios* de la buena diosa se reservaban en roma solo para las mujeres, y se prohibia que los hombres entrasen en ellos bajo pena de muerte. Dicen que esta buena diosa era la madre de Baco.

Muchos antiguos dieron suma importancia á esta clase de *misterios*; y si hemos de dar crédito á Ciceron y á otros, las lecciones que allí se daban sacaron á los hombres de la

vida salvaje y errante, les enseñaron la moral y la virtud, y los acostumbraron á una vida regular y distinta de la de los animales. Cic., *de Leg.*, l. 1. Muchos sabios modernos abundaron en el mismo sentir, singularmente Warburton: se puede consultar la quinta disertación sacada de sus obras y las siguientes.

Nuestros filósofos modernos manifestaron tanto aprecio á los *misterios del paganismo* como desprecio á los del cristianismo. « En medio del caos de las supersticiones populares, dice uno de ellos, había una institución saludable que impidió á una parte del género humano el caer en el embrutecimiento, y estos eran los *misterios*. Todos los autores griegos y latinos que hablan de estos *misterios* convienen en que se anunciaban en esta ceremonia sagrada la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, las penas y las recompensas despues de la muerte. Allí se daban lecciones de moral, confesaban y expiaban sus crímenes los que los habían cometido, ayunaban, se purificaban y daban limosna. Todas las ceremonias estaban ocultas al abrigo de la religión del juramento, para que se hiciesen mas respetables. El aparato exterior de los *misterios*, las preparaciones y las pruebas que las precedían, daban mas importancia á las lecciones, y servían para grabarlas mas profundamente en la memoria. Si con el trascurso de los siglos se alteraron y corrompieron, su institución primitiva no era menos útil ni menos loable.

En toda esta bella descripción nada falta mas que la verdad. M. Leland, en su *Nueva Demostración evangélica*, t. 2, c. 4, despues de haber examinado todo lo que dijeron Warburton y otros en elogio de los *misterios del paganismo*, sostiene que es falso que se enseñase en ellos la unidad de Dios, que á los iniciados se les sacase del politeísmo, que se les diesen buenas lecciones de moral, y que estas ceremonias pudieran haber cooperado á la pureza de costumbres.

Esto lo prueba así: 1º Si fuera cierto que se hubiesen enseñado unas verdades tan útiles en los *misterios del paganismo*, hubiera sido un absurdo y una injusticia el ocultarlos con el secreto inviolable que exigían de los iniciados; ¿por qué ocultar al comun de los hombres unos conocimientos de que todos tenían necesidad? Esta conducta solo serviría para demostrar que por entonces era imposible desengañar al pueblo de los errores y supersticiones en que estaba sumergido, y que para obrar este prodigio, era indispensable la fuerza divina de la doctrina de Jesu-

cristo. ¿Qué disculpa se ha de dar á la inconsecuencia de los magistrados, de los sacerdotes y de los filósofos, si por un lado protegían los *misterios*, y por otro sostenían la idolatría con todas sus fuerzas?

2º ¿Quiénes fueron los mas ardientes defensores de los *misterios*? Los filósofos del siglo IV, Apuleyo, Jámblico, Hierócles, Proclo, etc. Querían valerse de ellos para sostener la vacilante idolatría, y debilitar la impresión profunda que hacía en los corazones la moral pura y sublime del Evangelio. No solo es muy sospechoso su testimonio, sino que, en sentir de san Agustín, Porfirio, menos pertinaz que los demás filósofos, confesaba que no había encontrado en los *misterios* ningun medio eficaz para purificar el alma. *De Civit. Dei*, l. 10, c. 32. Celso, mas antiguo, es cierto que dice que se enseñaba en los *misterios* la inmortalidad del alma; pero esta se enseñaba en todas partes, hasta en las fábulas en orden á los infiernos. No añade Celso que se profesaba tambien en los *misterios* la unidad de Dios, lo absurdo de la idolatría, ni que en ellos se daban lecciones de buena moral. *Orig., contra Celso*, l. 8, n. 48 y 49. Mucho antes de Celso nos asegura Sócrates el poco caso que hacían de los *misterios*, habiendo rehusado el iniciarse con la mayor constancia: ¿hubiera obrado así si fuera una lección de moral?

3º A pesar del secreto de los *misterios* tan estrechamente encargado, fueron enteramente descubiertos. Warburton prueba de un modo muy verosímil que el descenso de Enéas á los infiernos que describe Virgilio en el libro VI de la Eneida, no es otra cosa que la iniciación de su héroe en los *misterios* de Eleusis, y un cuadro de lo que se hacía ver á los iniciados; ¿y qué hallamos en este cuadro? Una pintura de los infiernos, la trasmigración de las almas, y la doctrina de los estóicos sobre el alma del mundo. Lejos de establecer la unidad de Dios, toda esta doctrina solo sirve para confirmar el politeísmo y la idolatría. Con este fundamento los sostiene el estóico Balbus en el lib. 2 de Cicerón sobre la *Naturaleza de los dioses*, dando por este medio una base filosófica al paganismo. ¿Era este modo de separar de la idolatría á los iniciados?

4º Los *misterios* se conocieron mucho mejor por la descripción que de ellos hicieron los PP. de la Iglesia. S. Clemente de Alejandría, *Cohort. ad Gent.*, c. 2, p. 11 y sig. S. Justino, Taciano, Atenágoras y Arnobio solo vieron en los *misterios de los paganos* un conjunto de absurdos, de obscenidades y de im-

piedades. Si en ellos se hubieran dado lecciones capaces de probar la unidad de Dios, y de inspirar el amor á la virtud, estos santos doctores, que buscaron con tanto cuidado en los autores gentiles todo lo que podía servir para desengañar al pueblo, sin duda hubieran sacado ventaja de los *misterios* para atacar el error general; al contrario, todos aseguraron que esta ceremonia solo podía servir para confirmarlo.

Un autor moderno nos dice que los *misterios* llegaron á ser un ramo de especulación para la república de Atenas, y que costaba muy caro el iniciarse. *Investigaciones filosóf. sobre los egipcios y los chinos*, sec. 7ª, p. 152; *Reflex. filosóf. sobre los griegos*, part. 3ª, sec. 8ª, § 5; y añade que al que quería pagar los mistagogos y los hierofantos, se le admitía sin otra prueba. Cita á Apuleyo, *Metam.*, l. 11. Esta nueva circunstancia no era muy á propósito para inspirar mucho respeto á la ceremonia.

Acaso dirán que en los últimos siglos habían degenerado los *misterios* del paganismo; pero si en su origen hubiesen sido tan inocentes y tan útiles como se pretende, sería imposible que los hubiesen llevado despues al punto de corrupción en que estaban cuando los hicieron públicos los PP. de la Iglesia.

En vano se pretende tambien que los PP. exageraron la falta de decoro en estos *misterios* en odio del paganismo. ¿Tendrían la osadía de exponerse á que los iniciados los convenciesen de su engaño? Muchos autores profanos hablaron casi como ellos, y ninguno de los que escribieron contra el cristianismo se atrevió á contradecirlos.

Faltan pues á la verdad nuestros filósofos, cuando dicen que en estos *misterios* se daban á los hombres excelentes lecciones de moral, inventando fábulas sobre este asunto para engañar á los ignorantes.

Muchos críticos protestantes, á quienes cita Mosheim en su *Hist. christ.*, siglo II, § 36, p. 319, y en su *Hist. ecclés.*, siglo II, part. 2ª, c. 4 y 5, aun deliraron con mas extravagancia, suponiendo que los cristianos del siglo II imitaron los *misterios* del paganismo. El profundo respeto, dicen, en que se tenían estos *misterios*, y la santidad extraordinaria que les atribuían, obligaron á los cristianos á dár tambien á su religión un aire misterioso, para que no cediese en dignidad á la de los paganos. Para este efecto dieron el nombre de *misterios* á las instituciones del Evangelio, singularmente á la Eucaristía. Usaron en esta ceremonia y en la del bautismo de muchas palabras y ritos de los *misterios* de los paganos. De aquí vino tambien la palabra *símbolo*.

Este abuso principió en el Oriente, sobre todo en Egipto, y S. Clemente de Alejandría fué uno de los que mas contribuyeron á su introducción; pero los cristianos del Occidente no adoptaron estos ritos y palabras, hasta que Adriano introdujo los *misterios* en esta parte de su imperio; de donde provino que una gran parte del servicio de la Iglesia se hizo muy poco diferente del del paganismo.

Solo la desesperación sistemática pudo sugerir á los protestantes tan atroz calumnia. 1º Es una impiedad suponer que en el siglo II, é inmediatamente despues de la muerte del último de los apóstoles, cuando apenas se había establecido el cristianismo, abandonase Jesucristo á su Iglesia contra la fe de sus divinas promesas, hasta el punto de dejarla caer en las supersticiones del paganismo, y que perseverase en la práctica de las mismas por espacio de quince siglos consecutivos. Entonces este divino Salvador conservaba aun en el seno de su Iglesia el don de hacer milagros, y se nos quiere persuadir de que no se dignó velar sobre la pureza del culto, ni tampoco sobre la integridad de su doctrina. Él hizo pues milagros entre las naciones judías ó paganas, para introducir en ellas un cristianismo ya corrompido. ¿Cómo unos escritores, que por otra parte parecen juiciosos, pudieron formar una idea tan anticristiana, y exponer de este modo la religión de Jesucristo á la mofa de los incrédulos?

2º Es un absurdo el pensar que los mismos prelados de la Iglesia, que ridiculizaban en sus obras los *misterios* de los paganos, descubrieron su secreto y daban á conocer su indecencia y sus torpezas, los tomasen sin embargo por modelo, los imitasen en muchas cosas, y creyesen que esta imitación diese mas realce al cristianismo. Veremos luego cómo habló de ellos S. Clemente de Alejandría.

3º La hipótesis de los protestantes modernos es directamente contraria á la que sostenían los primeros predicantes de la reforma; estos decían que las prácticas que no les agradaban en el culto católico, eran nuevas invenciones y abusos que se habían introducido en los siglos de la ignorancia; pero sus sucesores descubrieron su origen en el siglo II. Que retrocedan solamente cincuenta años mas, y le encontrarán entre los apóstoles. Por una parte, los anglicanos están convencidos de que el culto se conservó puro durante los cuatro primeros siglos, y creen que le restablecieron en Inglaterra segun estaba entonces; y por otra, los luteranos y calvinistas se empeñan en que el culto ya se cor-

rompió en el siglo II, mezclándose con el judaísmo y el paganismo. Proceden bien poco de acuerdo para ser hombres que se tienen por muy ilustrados.

4º El nombre de *misterios*, que los PP. del siglo II dieron á la Eucaristía y á los demás sacramentos, se funda en una razón mucho más sencilla, aunque los protestantes no quieren entenderla; los PP. de aquel siglo quisieron en esto significar que los sacramentos tienen un sentido misterioso y oculto, porque producen un efecto invisible en el alma de los que participan de ellos. Así, el bautismo ó el acto de derramar el agua sobre el niño borra en su alma la mancha del pecado original, le hace por la gracia hijo adoptivo de Dios, y le imprime un carácter indeleble. La Eucaristía ó el acto de pronunciar las palabras sobre el pan y el vino, y distribuirla entre los fieles, produce la mutación sustancial de estos alimentos, y la conversión en cuerpo y sangre de Jesucristo, etc. Lo mismo sucede con los demás sacramentos; y en este sentido habla del matrimonio S. Pablo, cuando dice que es un gran *misterio* en Jesucristo y en la Iglesia. *Epíst. á los Efes.*, v, 32.

5º Convenimos en que estas ceremonias se celebraban secretamente en los primeros siglos, teniendo cuidado de no celebrarlas á la vista de los paganos, y que en este sentido fueron misteriosas: no se descubrían ni aun á los catecúmenos; pero era por una razón del todo diferente de la que soñaron los protestantes. No querían exponer estas sagradas ceremonias á la burla y profanación de los paganos. Cuando Diocleciano mandó buscar y quemar la Sagrada Escritura y los libros de los cristianos, los ocultaron cuidadosamente. Si los paganos hubieran hallado en las iglesias ó en los lugares donde se congregaban los fieles algunos objetos del culto ó algunos indicios de ceremonias, hubieran hecho lo mismo con ellos que con los libros sagrados. Se veían precisados á ocultarse para ejercer el culto: este no podía dejar de parecer misterioso.

Lo que prueba que esta fué la razón de la conducta de los pastores, es que no rehusaron manifestar á los emperadores y magistrados el culto de los cristianos, cuando les pareció necesario para demostrar su santidad y su inocencia. Así las diaconisas á quienes Plinio hizo atormentar para saber lo que pasaba en las asambleas de los cristianos, se lo dijeron con sinceridad, y lo mismo hizo S. Justino en sus *Apologías del cristianismo*, dirigidas á los emperadores. Otra

prueba de lo mismo es, que en el siglo IV, luego que cesaron las persecuciones y fué casi destruido el paganismo, se publicaron por escrito las liturgias, que hasta entonces solo se habían conservado por una tradición secreta. Véase la obra intitulada: *Traité hist. et dogm. sur les paroles ou les formes des Sacraments*, por el P. Merlin, jesuita, impresa en París el año de 1745.

6º Los protestantes yerran todavía más torpemente en añadir que los cristianos del siglo II eran judíos y paganos, acostumbrados desde la infancia á ceremonias supersticiosas é inútiles, y que les era difícil dejar las preocupaciones que habían contraído por un largo hábito y por la educación; que sería preciso un milagro continuo para que no se introdujesen en el cristianismo sus prácticas supersticiosas. Si fué preciso un milagro, sostenemos que se verificó, y que no fué más que una consecuencia de la conversión de los judíos y paganos. Los apóstoles previnieron á los infieles contra los ritos judaicos en el concilio de Jerusalén. *Hech. apóstól.*, xiv, 28; y S. Pablo, contra las supersticiones paganas, en su *Epíst. á los Colos.*, II, 18, y en otras partes. Los PP. del siglo I y II escribieron contra la tenacidad de los ebionitas, siempre adictos á las leyes judaicas, y contra la impiedad de los gnósticos, que querían introducir los errores de los paganos. Contra todas estas pruebas positivas no sirven para fundar las más mínima probabilidad las conjeturas de los protestantes.

7º Para probar que en el siglo II los cristianos del Egipto cometieron la falta de que se les acusa, es preciso explicar por qué medios penetró el mismo contagio en la Siria, en el Asia Menor, en la Grecia, en la Iliria, en Roma, y en las demás regiones en que los apóstoles fundaron iglesias antes de aquellos tiempos; es preciso designar el misionero egipcio que vino á manchar con el barniz del paganismo las demás sociedades cristianas, y el patriarca de Alejandría en cuyo tiempo se verificó esta revolución. Es preciso que los digan cómo pudo esta realizarse sin reclamaciones en una Iglesia de tanta propensión á disputas, á disensiones y á cismas en materia de doctrina. Una vez que no nos alegan hechos ni pruebas positivas, tenemos derecho á suponer que los fieles instruidos por S. Pedro, S. Pablo y los demás apóstoles, fueron bastante adictos á sus lecciones para no adoptar sin examen una fantasía extravagante de los doctores del Egipto.

8º S. Clemente de Alejandría, lejos de tener en esto parte alguna, fué quien entre

todos los PP. descubrió con más exactitud las indecencias, las torpezas y los absurdos de los *misterios* del paganismo. En su *Exhortación á los gentiles*, recorriendo estos *misterios* unos en pos de otros, demuestra que en todos eran iguales la infamia y la demencia, y que los símbolos que en ellos se usaban, no eran más que puerilidades y obscenidades. Tales eran, en los *misterios* de Ceres, las cestas, el trigo de la India, los ovillos, las tortas, etc., y las palabras que no tenían ningún sentido. El medio de hacer despreciables los ritos del cristianismo, hubiera sido sin duda el introducir en ellos algo que se pareciese á los *misterios* de los paganos.

Sin embargo, dicen nuestros adversarios, esto es lo que hizo S. Clemente de Alejandría; en la misma obra, cap. 42 dice á un pagano: « Venid, yo os mostraré los *misterios* del Verbo, y os los explicaré bajo la figura de los vuestros. Aquí hay un monte agradable á Dios, cubierto con una sombra celestial. Las bacantes son vírgenes puras que celebran en él los festines del Verbo divino, entonan himnos y cánticos al rey del universo, bailan con los justos, y tienen sus carreras sagradas..... ¡Oh santos *misterios*! En ellos veo á Dios y al cielo, yo soy santo por esta iniciación, y el Señor es en ellos el hierofanta: estos son mis *misterios* y mis bacanales. »

Pero para arguir fundándose en esta alegoría, era preciso hacer ver: 1º Que otros autores cristianos se sirvieron de ella, y la repitieron. Volvemos á decir que en la Sagrada Escritura la palabra *misterio* significa una cosa, una palabra, ó una acción que tiene un sentido oculto, y entre los escritores eclesiásticos la palabra *símbolo* tiene muchas veces el mismo sentido. Cuando Jesucristo tocó con su saliva la lengua de un sordomudo, cuando puso lodo sobre los ojos de un ciego de nacimiento, cuando sopló sobre los apóstoles para darles el Espíritu Santo, cuando le hizo bajar sobre ellos en figura de lenguas de fuego, ¿se puede negar que todo esto fué simbólico y misterioso? Nosotros sostenemos que sucede lo mismo con el bautismo, con la Eucaristía y con todos nuestros sacramentos, porque significan y producen un efecto que no se ve. 2º Sería preciso mostrar en nuestro culto los montes, las sombras, las carreras y las danzas de las bacanales, y algunos de los símbolos que se usaban en los *misterios* de Ceres. 3º También sería preciso probar que había en los *misterios* profanos ritos semejantes á los del bautismo ó de los demás sacramentos, sobre cuyo punto

desafiamos á nuestros adversarios. La señal de la cruz, símbolo tan común y tan respetable entre los cristianos, hubiera horrorizado á los gentiles.

Luego es una obstinación maliciosa por parte de los protestantes el acusarnos incessantemente de que nuestro culto es un resto del paganismo; más bien lo es que digan que los catecúmenos antes del bautismo eran ejercitados, ó más bien atormentados por un multitud de pruebas rigurosas como las que se exigían de los que querían iniciarse en los *misterios* de los paganos: esto manifiesta lo poco que aprecian y respetan el bautismo. ¿Donde están las pruebas que se hacían sufrir á los que se iniciaban por dinero?

Si los protestantes atribuyesen realmente efectos espirituales al Bautismo y á la Eucaristía, se verían en la precisión de llamarlos, como nosotros, *símbolos*, *misterios* ó *sacramentos*, pero nos da margen á dudar de su fe el estilo diferente que los más de ellos han adoptado.

Mística (teología). Véase TEOLOGÍA MÍSTICA.

Místico. Sentido *místico* de la Sagrada Escritura. V. ALEGORÍA, FIGURISMO, etc.

Mitentes. V. LAPROS.

Mito. V. MYTHO.

Mitra. Adorno que llevan en la cabeza los obispos cuando celebran de pontifical. M. Languet, en su *Refutación de D. Claude de Vert*, conviene en que es bastante difícil averiguar en qué tiempo tomó la forma que tiene en el día esta especie de bonete; piensa con mucha verosimilitud que sucedió á las coronas que llevaban en otro tiempo en sus funciones los presbíteros y los obispos. En el cap. 4 del *Apocalipsis*, v. 4, se habla de coronas; lo mismo vemos en Eusebio, *Hist. ecclés.*, lib. 10, cap. 4, y en otros muchos autores más recientes. *Verdadero espíritu de la Iglesia en el uso de sus ceremonias*, § 35, página 284.

Como el sacerdocio se compara con la dignidad real en la Sagrada Escritura, no es extraño que en las funciones más augustas del culto divino llevasen los presbíteros uno de los principales adornos de los reyes. El sumo pontífice de los judíos llevaba en la cabeza una tiara, en hebreo *mitsnepheth*, que significa un ceñidor de la cabeza, y los sacerdotes llevaban lo mismo que él una especie de *mitra*, *migbahat*, que significa un bonete elevado en punta, en cuyo alrededor había lunas coronas. *Exod.*, xxix, 6 y 9; xxxix, 26 La tiara era también el adorno de los reyes,